

*COLECCIÓN ASTRONAVE:
FANTACIENCIA MODERNA*



ISBN 978-987-26571-7-8



9 789872 657178

5

CRIAATURAS DE FUEGO

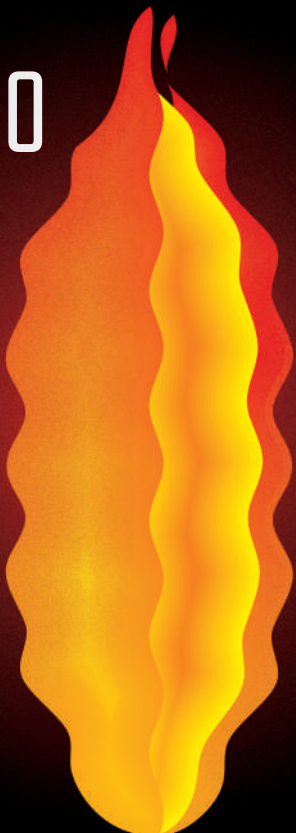
Olaf Stapledon



LIBROS DEL
COSMONAUTA

CRIAATURAS DE FUEGO

Colección Astronave | CLÁSICOS



Olaf Stapledon



Olaf Stapledon nació en Inglaterra en 1886. Estudió Historia y en 1925 recibió el doctorado en Filosofía por la Universidad de Liverpool. En la Primera Guerra Mundial fue objetor de conciencia y recibió la *croix de guerre* del gobierno francés por su tarea como conductor de ambulancias. A partir de *Últimos y primeros hombres* (1930) inició una breve pero intensa obra de ficción especulativa y demostró un sorprendente talento para la invención de mundos a una escala cósmica que ha alimentado a la ciencia ficción desde entonces. Según Borges, “la obra de Stapledon deja una impresión final de tragedia, y aun de severidad, no de irresponsable improvisación”. Entre sus obras pueden citarse *Juan raro* (1935), *Hacedor de estrellas* (1937), *Sirio* (1944) y *Criaturas de fuego* (1947).

Olaf Stapledon

CRIATURAS DE FUEGO

UNA FANTASÍA



LIBROS DEL COSMONAUTA

Stapledon, Olaf

Criaturas de fuego: una fantasía / Olaf Stapledon. - 1a ed. - La Plata : La Máquina Infernal, 2022.

124 p. ; 15 x 10 cm. - (Libros del Cosmonauta. Astronave ; 5. Serie Clásicos)

Traducción de: Antonio Salcedo.

ISBN 978-987-26571-7-8

1. Narrativa Inglesa. 2. Ciencia Ficción. I. Antonio Salcedo, trad. II. Título.

CDD 823

Título original: The Flames

© La Máquina Infernal. Libros del Cosmonauta.

ISBN: 978-987-26571-7-8

La Máquina infernal. Libros del Cosmonauta
Calle 47 no. 1448. La Plata. Buenos Aires. Argentina.

edicionescosmonauta@gmail.com

facebook.com/ediciones.cosmonauta

IG: ediciones.cosmonauta

Twitter: @edicionescosmo1

Impreso en Tecnoffset // Araujo 3293 - (C1439FAQ)
Ciudad de Buenos Aires, en el mes de enero de 2022

Ilustración de cubierta: Koff

Diseño: Edu Karakachoff

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

NOTA INTRODUCTORIA

Parecen necesarias algunas palabras preliminares para explicar al lector el origen del extraño documento que se presenta a continuación, y que he recibido de un amigo para ser publicado. El autor me lo entregó como una carta dirigida a mí, firmada con su sobrenombre, «Cass», una abreviatura de «Casandra». No había visto a Cass desde que éramos estudiantes en Oxford, antes de la guerra del '14. Ya en aquella época era muy aficionado a hacer presagios exagerados, de ahí su apodo. Mi último encuentro con él fue en uno de los grandes bombardeos de Londres en 1941, cuando me recordó que hacía tiempo había profetizado el fin de la civilización en un incendio mundial. La Batalla de Londres, afirmó, era el comienzo del largo desastre.

Estoy seguro de que a Cass no le importará que diga que siempre consideramos que estaba un poco loco, pero también es cierto que tenía una rara habilidad para la profecía, y aunque a veces nos parecía curiosamente incapaz de entender los resortes de su propio comportamiento, tenía un notable don de penetración para entender la mente de los demás. Eso le permitió ayudarnos a algunos de nosotros a encaminar nuestra vida, y por mi parte tengo una deuda de profunda gratitud con él. Vio que me dirigía a una relación amorosa desgraciada y,

por arte de magia (ninguna otra palabra parece adecuada), me abrió los ojos a mi insensatez. Por esta razón, me siento obligado a cumplir su pedido de publicar la siguiente declaración, aunque no pueda dar fe de su veracidad. Cass sabe muy bien que soy un escéptico empedernido en relación con todas sus ideas fantásticas. Fue por eso que inventó mi apodo. «Thos», que la mayoría de mis amigos de Oxford adoptaron. «Thos», por supuesto, es una abreviatura de Tomás, y se refiere al apóstol, al dubitativo Tomás del Nuevo Testamento.

Confío en que Cass es lo suficientemente imparcial y razonable como para percibir que aquello que él considera verídico puede resultar una pura extravagancia para cualquiera que no tenga una experiencia directa para juzgar sus afirmaciones. Pero si me abstengo de creer, también me abstengo de negar. Demasiadas veces en el pasado he sabido que sus disparatadas profecías se han hecho realidad.

El encabezamiento de la voluminosa carta que sigue lleva la dirección de un conocido hospital psiquiátrico.

«Thos»

LA CARTA

Querido Thos,

Mi dirección actual va a predisponerte en mi contra, pero te pido que reserves tu juicio hasta que hayas leído esta carta. Sin dudas, la mayoría de los que estamos en esta cómoda prisión pensamos que deberíamos estar en libertad, y la mayoría se equivoca. Pero no todos, así que, por el amor de Dios, mantén tu mente abierta. No estoy preocupado por mí. Aquí me tratan bien, y puedo llevar a cabo mis investigaciones sobre psicología paranormal tan bien como en cualquier otro sitio, ya que estoy acostumbrado a ser mi propio conejillo de indias. Pero por accidente (aunque en realidad no fue un accidente en absoluto, como verás) he llegado a un conocimiento trascendental, y si la humanidad ha de salvarse de un desastre prodigioso y hasta ahora totalmente imprevisto, los hechos deben darse a conocer de alguna manera.

Así que te suplico que hagas publicar esta carta lo antes posible. Por supuesto, me doy cuenta de que la única posibilidad es que sea aceptada como ficción por algún editor; pero tengo la esperanza de que, incluso como ficción, surta efecto. Bastará con que consiga despertar a aquellos que tienen la suficiente perspicacia imaginativa como para distinguir entre la mera ficción y la cruda verdad disfrazada de ficción. Mi única duda es si algún editor aceptará mi

historia incluso como ficción. No soy escritor, y la gente está más interesada en las historias de amor o de crímenes que en los asuntos que se encuentran más allá de su horizonte familiar. En cuanto a los críticos literarios, con algunas brillantes excepciones, parecen estar más preocupados por mantener su propia reputación como connoisseurs que por llamar la atención sobre nuevas ideas.

Bien, ¡allá vamos! Recordarás cómo, en los viejos tiempos, creí ser poseedor de ciertos poderes inusuales, y cómo todos ustedes se reían de mí. Especialmente tú, Thos, con tu pasión por la honestidad intelectual. Pero así como eras el más escéptico, eras también el más comprensivo y empático. Tu risa no me aislaba como las otras. Por el contrario, incluso cuando estabas en tu humor más perverso y ciego, de alguna manera «olías» lo correcto, aún contra tu escepticismo. Eras escéptico, pero emocionalmente estabas interesado y mantenías tu mente abierta.

En los últimos tiempos he desarrollado mucho más estos poderes inusuales, y los he estudiado científicamente, inspirado por tu ejemplo. Me encantaría hablarte de eso algún día, y recibir tus críticas, pero en este momento me ocupa algo mucho más importante, infinitamente más importante desde el punto de vista humano.

Había estado haciendo un trabajo en Alemania, redactando unos contratos, y mis nervios estaban afectados; tanto por la miseria física como por ciertas aterradoras reverberaciones psíquicas que tarde o temprano actuarán sobre todos nosotros. Cuando regresé a Inglaterra, estaba a punto de sufrir un colapso y necesitaba desesperadamente unas vacaciones. Así que busqué una granja en la que pudiera estar cómodo y solo. Tenía la intención de hacer muchas caminatas, y en las noches oscuras leería un montón de libros sobre cuestiones paranormales.

Cuando llegué, toda la campiña estaba nevada. A la mañana siguiente subí por una cañada hasta la entrada del valle y puse rumbo a la más importante de las montañas locales. (No te molestaré con los nombres, miserable hombre de los valles). Todo fue bien hasta el final de la tarde cuando, al bajar de la cima, me sorprendió una ventisca. El viento atravesó mis pantalones como el agua a través de un colador, y mis piernas se agarrotaron con el frío, el frío infernal. Sentí el comienzo de un calambre. La nieve torrencial lo tapaba todo. El mundo entero era blanco y al mismo tiempo negro, tan oscuro estaba todo. (¿Por qué te cuento todo esto? Francamente, no veo en qué sentido es relevante para mi historia, y sin embargo siento firmemente que es relevante y debe ser relatado, si

quiero que las cosas guarden la debida proporción). Recuerdas lo dolorosamente sensible que siempre fui al carácter de una situación, una escena o una multitud de personas. Pues bien, la situación me alteró terriblemente. Tuve que repetirme a mí mismo que, después de todo, no era el último hombre en la tierra a punto de sucumbir a la última helada. Un extraño terror se apoderó de mí, no sólo por mí, aunque dudaba mucho de encontrar el camino antes del anochecer, sino por toda la raza humana. Algo así, me dije, sucederá realmente en el último día del hombre, cuando el sol esté muriendo y todo el planeta esté congelado. Y me pareció que una presencia gélida y maligna, que había estado esperando en las tinieblas exteriores desde la creación del universo, se acercaba ahora a todos los frágiles vástagos de aquel acto divino inicial de la creación. También había sentido la misma presencia aterradora en Alemania, pero en un estado de ánimo diferente. Allí no se trató de la presencia del frío y la oscuridad exteriores, sino del espíritu interior de locura y mezquindad que siempre está al acecho para convertir en un sinsentido todas nuestras acciones. Todo lo que hacían los aliados en aquel país dividido y trágico parecía destinado a salir mal. Y entonces, la escasez de alimentos. ¡Los niños marchitos y agobiados peleaban por nuestros tachos de basura! Pensar que en Inglaterra la

gente protesta por raciones bastante adecuadas, y dice tranquilamente que la suerte de los alemanes no importa.

Todos somos humanos, Thos. ¿No es así? ¿No somos todos personas? Seguramente las personas deberían poder sentir una afinidad fundamental sea cual sea su raza. Incluso si fueran de especies diferentes, si hubieran sido criadas en mundos diferentes, seguramente deberían aceptar la plena responsabilidad de unos por otros simplemente en virtud de su naturaleza. Pero, ¡Dios mío! Veo que he dicho algo que parecerá una gran tontería en relación con lo que voy a decir más adelante en esta carta. Debo desmentir enfáticamente mis propias observaciones irreflexivas. En efecto, como explicaré más adelante, no siempre soy capaz de resistir la influencia de ciertos poderes ajenos que actúan en mi mente.

Pero me estoy desviando del tema.

Bajé a tientas por el pedregoso talud nevado de la montaña y pronto me di cuenta de que estaba completamente perdido. No me quedaba más remedio que seguir bajando y esperar el fin de la tormenta y un alivio de los calambres que me atenazaban los muslos. Al cabo de una hora, más o menos, se produjo un cambio. La nieve cesó, el cielo se iluminó. La niebla circundante brillaba por el sol aún oculto. En seguida se levantó el velo y me encontré en una cresta

familiar, entre dos amplios valles. La vista era... bueno... deslumbrante, de una belleza resplandeciente que me apretó la garganta como si estuviera por llorar o vomitar. Imagínate un panorama de masas montañosas blanquecinas, completamente cubiertas de nieve. Las que estaban hacia el este se veían ligeramente rosadas bajo los rayos del sol. Las del oeste eran de un extraño gris-verde translúcido, como bloques de hielo cortados. La presencia fría y maligna parecía seguir en posesión del mundo pero ahora, tras haber borrado toda la vida del universo, se divertía con milagros de belleza.

Bajé la cresta al trote, rodando de vez en cuando en la nieve. Al cabo de un rato, una mina abandonada atrajo mi atención. Por un extraño truco del sol poniente, un gran montón de piedras parecía un montículo humeante, visto contra el fondo del oscuro valle. Imaginé esa excrecencia como una manga de lava incandescente que había brotado de la mina. El aspecto del mundo entero había cambiado. Me sentí retroceder a una época remota, cuando la corteza terrestre, en proceso de solidificación, era todavía frágil y se rompía constantemente bajo la presión de la turbulenta lava que había debajo. Era casi como si, al descender la montaña, hubiera descendido también los eones de tiempo apilados, desde la futura muerte helada de la tierra hasta su ardiente juventud.

Entonces viví una extraña experiencia. En primer lugar, un capricho (que ahora sé que no fue un capricho en absoluto) me impulsó a desviarme de mi ruta, y a explorar los escombros iluminados por el sol. Al llegar, subí por la pendiente. En cierto punto me quedé parado, preguntándome qué hacer a continuación. Di la vuelta para retomar el camino, pero un impulso irresistible me hizo volver al mismo lugar. Me agaché y empecé a levantar las piedras, hasta que hice un pequeño hueco en la áspera ladera. Trabajé sin descanso, como si tuviera un propósito, riéndome de mi propia persistencia sin rumbo. A medida que la hondonada se hacía más profunda, me entusiasmaba, como si me estuviera «calentando» en mi búsqueda. Pero en seguida me abandonó el impulso de excavar y, tras un momento de confusión, empecé a hurgar en la fosa, como si buscara algún objeto familiar en un armario de una habitación oscura. Entonces, el contacto con una pequeña piedra en particular me produjo una repentina satisfacción. Mis dedos se cerraron sobre ella y me puse de pie. Era una piedra corriente, bastante irregular, y del tamaño de una caja de fósforos. La miré en la luz del crepúsculo, pero no pude ver nada notable en ella. En un momento de exasperación, la arrojé lejos; pero apenas dejó mi mano, me puse a buscarla en una agonía de deseo y alarma. Sólo después de

haber tanteado ansiosamente, tuve la satisfacción de volver a tocarla. Empezaba a darme cuenta de que mi comportamiento era extraño, de hecho bastante irracional. ¿Por qué, me pregunté, valoraba esa piedra en particular? ¿Estaba simplemente loco, o me poseía algún poder oculto? Si era así, ¿qué quería de mí? ¿Era benévolo o maligno? Hice un experimento conmigo mismo. Dejé la piedra cuidadosamente en un lugar donde pudiera encontrarla fácilmente, y me alejé, esperando sentir de nuevo la angustia que había sentido al arrojar la piedra lejos de mí. Para mi sorpresa, no sentí nada más que una leve ansiedad. Por supuesto, me recordé a mí mismo, en esta ocasión no había ningún peligro real de perder la piedra. El poder, o lo que fuera que me poseyera, no se dejaba engañar. Volví a la piedra, la recogí casi con cariño y me la metí en el bolsillo. Luego me apresuré a bajar la pendiente, guiado por una luz lejana, que supuse que era la casa de la granja donde estaba alojado.

Mientras caminaba en el profundo crepúsculo, sentí una extraordinaria euforia. La escarcha se formaba en la hierba del páramo. Las estrellas aparecían una a una en el cielo azul. Era un atardecer estimulante, pero mi euforia era demasiado embriagadora como para ser causada únicamente por la belleza de la noche. Tenía la sensación de haber sido elegido como

instrumento para alguna tarea desconocida y elevada. ¿Qué podía ser? ¿Y qué poder era el que había influido sobre mí?

Después de ponerme ropa seca, me calenté con un buen té de la granja. ¿Cómo se las arreglaban en estos tiempos de escasez? Volví a mis pensamientos sobre niños alemanes hambrientos, pero me avergüenza confesar que no me estropearon la comida. Me senté a leer en el decrepito sillón junto al fuego, pero el día de aire libre me adormecía, y me encontré sentado contemplando las brillantes brasas. Curiosamente, me había olvidado de mi piedra desde el momento en que había llegado y la había puesto sobre la repisa de la chimenea. Ahora, con un pequeño sobresalto, me acordé de ella, la alcancé y la examiné a la luz de la lámpara de aceite.

Seguía pareciendo una piedra corriente, un trocito de algún tipo de roca ígnea. La miré con mi catalejo, vuelto del revés como lupa, y seguí sin encontrar nada inusual en ella. Era una mezcla común de pequeños nódulos y cristales, todos juntos y erosionados en un gris verdoso uniforme. Aquí y allá vi diminutas marcas negras que tal vez fueran pequeños agujeros, las bocas de cuevas microscópicas. Pensé en romper la piedra para ver cómo era por dentro, pero apenas se me ocurrió la idea me detuvo una oleada de horror supersticioso. Tal acto, sentí, habría sido un sacrilegio.

Un poco adormecido, comencé a pensar sobre la antigüedad de la piedra. Me pregunté cuántos millones de años habían pasado desde que su materia fundida se había endurecido. Durante eones había permanecido a la espera, un mero volumen abstracto, parte indiferenciada de una vasta masa de roca idéntica. Luego, los mineros habían volado la roca y sacado sus restos a la superficie. Y allí había permanecido, quizás durante toda una generación humana, un breve instante del tiempo geológico. ¿Y ahora qué? Una idea repentina me asaltó. ¿Por qué no dejar que la pequeña piedra volviera a disfrutar del calor que tanto tiempo le había faltado? Esta vez ningún horror me detuvo. Arrojé la piedra al fuego, al centro incandescente de la pequeña estufa que mi amable casera había preparado para mí en aquella noche helada.

La piedra fría produjo una mancha oscura en su entorno ardiente, pero el fuego era intenso y muy pronto el calor circundante volvió a invadir su territorio perdido. Lo observé con un grado de excitación que parecía bastante injustificado. Al cabo de un rato, la propia piedra empezó a brillar. Eché combustible nuevo y dejé cuidadosamente un agujero a través del cual podía observar la piedra. Al cabo de un rato, era casi tan brillante como el carbón que la rodeaba. Después de tantos millones de años, por fin estaba viva de nuevo. ¡Qué tontería! Por supues-

to que no estaba viva, y mi excitación era ridícula, infantil. Tenía que serenarme. Pero el temor, el miedo irracional, seguía apoderándose de mí.

De repente, una diminuta llama blanca pareció salir de la misma piedra. Creció hasta alcanzar casi una pulgada de altura, y se mantuvo por un momento en la corriente del fuego. Era la llama más notable que jamás haya visto, un pequeño brote incandescente, como un gusano erguido balanceándose por la brisa. Su núcleo parecía más brillante que su superficie, ya que el deslumbrante interior estaba bordeado de una vaga aura amarillenta. Cerca de la punta de la llama, sorprendentemente, había un anillo o cuello abultado de oscuridad, pero la punta en sí era una gota de azul brillante. Desde luego, no era una llama ordinaria, aunque revoloteaba y cambiaba de forma en la corriente de aire como cualquier otra.

De pronto, para mi asombro, el extraño objeto se desprendió de la piedra, se extendió hasta adquirir una forma como de pájaro y luego, más bien como una gaviota que aprovecha una fuerte brisa antes de posarse, revoloteó por la pequeña hondonada ventosa en el corazón del fuego, y se posó sobre la más brillante de las brasas. Allí recobró su forma de llama y se movió lentamente de un lado a otro de las brasas, manteniéndose siempre en las zonas más brillantes. En su deambular, dejaba tras de sí sobre

la superficie del carbón una estela de oscuridad, o más bien de carbón o ceniza «muertas» que asimilaban lentamente el resplandor circundante. A veces la llama, en el curso de sus andanzas, desaparecía detrás de un trozo de carbón, o se desvanecía en el recodo de alguna cueva incandescente, para reaparecer en una parte diferente de la fogata. A veces trepaba por un acantilado encendido o se movía cabeza abajo por un techo. Siempre se alejaba de la superficie del carbón en dirección a la corriente de aire. Una o dos veces pareció pasar a través de una llama ordinaria y, en una ocasión, un gran trozo del techo de su pequeño mundo se estrelló sobre ella, esparciéndola en todas direcciones; inmediatamente se reconfiguró y continuó su deambular. Al cabo de algunos minutos, se detuvo en la región más brillante de todas. Su punta coloreada había crecido hasta convertirse en una esbelta serpiente que se estremecía con la brisa.

En ese momento entendí que estaba en contacto extrasensorial con otra mente. Una corriente de conciencia muy rápida y muy extraña corría, por así decirlo, paralela a mi propia conciencia, y estaba abierta a mi inspección. Debería haber mencionado antes, Thos, que he desarrollado considerablemente mi poder «telepático», y que a menudo he logrado observar corrientes continuas de pensamiento en otras mentes humanas. Pero esta experiencia fue